

Cartas de María Moliner a María Brey*

AURORA EGIDO
Secretaria de la Real Academia Española

Resumen: Este artículo, en homenaje al profesor José Romera Castillo, analiza las cartas de María Moliner a María Brey, durante 1937-1961, conservadas en la Biblioteca de la Real Academia Española junto a otros documentos de interés para la historia particular y profesional de ambas. Añade también algunas observaciones sobre las raíces filológicas de la autora del *Diccionario de uso del español* en su etapa de estudiante en Zaragoza.

Palabras clave: María Moliner. María Brey. Cartas. Lexicografía.

Abstract: This paper, in homage to the professor José Romera, analyzes María Moliner's letters to María Brey between 1937-1961. They have been preserved in the Real Academia Española's Library with other interesting documents for the life and works of both women. We also make some observations on the philological background of the author of the *Diccionario de uso del español* in her years as a student in Zaragoza.

Key Words: María Moliner. María Brey. Letters. Lexicography.

Entre la documentación legada por María Brey Mariño (1921-1994) junto a su esposo Antonio Rodríguez-Moñino (1910-1970) a la Real Academia Española, se encuentran diez cartas dirigidas a ella por María Moliner (1910-1995) y dos relacionadas con el trabajo de ambas como bibliotecarias. Poca cosa, si tenemos en cuenta el historial de una larga

* Se reedita el artículo publicado por Aurora Egido en G. Laín y R. Santiago Nogales (eds.), *Cartografía literaria en homenaje al profesor Romera Castillo*, Madrid, Visor, 2018, pp. 343-357.

y fecunda amistad entre ambas, aunque el número resulte lógico, dado el escrutinio previo que suele comportar toda cesión y la circunstancia especial de los años en que fueron escritas (1937-1961). En ellas, cuenta no sólo lo que se dice sino lo que se calla o sugiere, siendo el testimonio de dos amigas que vivieron años difíciles y que, al término de la Guerra Civil, fueron represaliadas o degradadas (Salaberría, 2010; Cuesta, 2009).

Dicho legado guarda también una tarjeta de visita de María Moliner de Ramón y Ferrando, cuando vivía en el número 39 de la calle de Raimundo Fernández Villaverde en Madrid, a donde se trasladó en 1946 desde Valencia, en la que agradece a María Brey el regalo por la boda de su hija Carmina¹. Capítulo aparte lo conforman, como luego veremos, dos recortes del *Ya* y del *ABC*, de 1972, que tratan de la propuesta suscrita por tres académicos para que fuera elegida como miembro de la Real Academia Española.

Por otro lado, en otra carpeta, se encuentra un documento de interés para la relación entre ambas. Me refiero al certificado de trabajo, firmado en Valencia por María Moliner el 30 de abril de 1937, cuando María Brey tomó posesión, con carácter interino, en la Sección de Adquisición de Libros y Cambio Internacional².

Próximo a sucumbir o a transformarse uno de los géneros humanísticos por excelencia como el de la *epístola* o *carta*, los testimonios conservados alcanzan el carácter de *documento* que la propia María Moliner (1995 y 1996) dio a esas voces en su *Diccionario de uso del español*, sin olvidar el significado dado en él a *memoria*.

¹ Biblioteca de la Real Academia Española: M-RAE, ARM III-9-132. Archivo de Antonio Rodríguez-Moñino y María Brey. La tarjeta de visita no indica la ciudad, pero sí la calle y el teléfono 33 80 98. La carpeta contiene una tarjeta, doce cartas y dos recortes de prensa, a las que nos referiremos indicando el lugar y la fecha (a veces hipotética, pero que hemos procurado afinar en este artículo), respetando la ortografía original. Al verso de la tarjeta impresa, Moliner escribe: «Muchas gracias por el precioso 'Greco' para Carmina. Pero ella y yo hubiéramos preferido que nos hubieses acompañado en la boda». Para la biografía y la bibliografía sobre María Moliner, nos remitimos a los trabajos de Faus (2000), Martín Zorraquino (2014) y el monográfico de *Trébede* (2000), dirigido por esta última.

² M-RAE, ARM 1-1-3. Carpeta 1, pieza 5. En ella, hay documentación sobre la labor profesional de María Brey durante la Guerra Civil y sobre su expediente de depuración. En la otra cara de dicha carta, aparece firmado su nombramiento por el Director General de Bellas Artes, con idéntica fecha y lugar.

En folio o cuartilla y algunas sin fechar, las cartas dan fe de una mujer entregada a su vida familiar y a sus obligaciones como bibliotecaria, oficio compartido por su querida María Brey. Así lo demuestra que, en una de ellas, escrita a máquina y dirigida desde Valencia el 28 de diciembre de 1937 a las Ediciones Pax de Barcelona, María Moliner se interesase por el catálogo de libros «con sus precios y, a ser posible, número de ejemplares disponibles en el momento»³. Y lo mismo ocurre con otra, de igual lugar y fecha, firmada por María Brey, en la que se refiere a unos «cursillos de selección de encargados de Bibliotecas», convocados por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, en los que ella debía hacer la exposición en materia de bibliografía⁴. Para tal fin, indicaba cinco puntos relacionados con las características y actividad desarrolladas en cada una de las bibliotecas de destino para poder orientar mejor a los cursillistas⁵.

María Moliner desempeñó, durante la Segunda República, los cargos de directora de la Biblioteca Universitaria de Valencia y de la susodicha Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional⁶.

³ Con membrete del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, la firma como directora de la Oficina de Adquisición de Libros con destino a las Bibliotecas Públicas del Estado, ubicada entonces en Valencia.

⁴ Escrita a máquina y carente de destinatario expreso, la carta indica que los cursillos comenzarán «el día 12 de los corrientes», lo que entra en colisión con la data de la misma, a 28 de diciembre.

⁵ RAE. ARM III-9-132. La carta la firma, en este caso, María Brey. Los cinco puntos indicaban se constatare la creación de cada biblioteca, sus actividades, sus secciones, colecciones, manuales, traducciones, publicaciones periódicas, revistas y suscripciones, así como la relación que mantuvieran con otros centros nacionales o extranjeros.

⁶ También fue secretaria de la Subsección de Bibliotecas Escolares y delegada del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico en Valencia. Formó parte de la junta directiva de la Asociación de Amigos de la Escuela Cossío (Navarro: 1984) y desarrolló en esa ciudad una amplia labor como archivera y bibliotecaria (Escolar, 1979; Fuente, 2012: 110-134), participando en las Misiones Pedagógicas (Salaberría y Calvo, 1998) y creando una Biblioteca-escuela, donde formó a los bibliotecarios. Fernando, su marido, fue nombrado en 1936 Decano de la Facultad de Ciencias. Tras la victoria franquista, Moliner volvió al Archivo Provincial de la Delegación de Hacienda en Valencia (Fuente, 2012: 169, 182-183, 199 y 201). Su expediente de 1939 hablaba de su lealtad a la República. Sin embargo, gracias a la defensa de Lafuente-Ferrari, Juan Moneva (*infra*) y otros, que alabaron su conducta, pudo permanecer en ese puesto. Su marido no recuperaría su cátedra de Salamanca hasta 1946, permaneciendo en ella hasta su jubilación en 1961, lo que hizo que vivieran separados durante largas temporadas.

De esos años de Valencia (a donde se trasladó desde Murcia en 1929), en una carta enviada a María Brey el 16 de marzo, probablemente de 1937, le preguntaba a esta sobre la posibilidad de que ambas se encontraran en Madrid, a donde ella iba a ir dos días después a pasar una semana, dado que su hermana estaba a punto de dar a luz. En ella, se refleja no sólo la alegría de poder encontrarse con su amiga, sino la lentitud de esta a la hora de responder a sus cartas⁷.

Un martes 20 de febrero, de 1939, y desde Valencia, María Moliner vuelve a escribir a su amiga con optimismo, como si el buen tiempo, casi primaveral, le invitara a decir: «Parece que ahora sí que va de veras que la guerra no va a durar mucho. Tengo ganas de ir a Madrid en paz!». Tan confiada en que así iba a ocurrir, añadía que su marido y ella no se ponían de acuerdo «en la manera mejor de tomar posesión de la paz. A él parece que le apetece una temporada de retiro y disfrute solitario de la naturaleza en el campo. A mí me parece que me tira más gozar de la paz pisando asfalto y viajando en avión. Veremos de compaginarlo todo... ¡Qué sea pronto!»⁸.

Con esos buenos deseos, Moliner continúa diciendo que, de momento, iba a dar una vuelta por Murcia para ver a sus dos hijos mayores y hacer compañía a su marido. Tras añadir sutilmente que la ocasión le permitiría «revivir los tiempos de mi soltería expirante y mi matrimonio nuevecito», aconsejaba a su amiga que organizara de modo estable su vida junto a su esposo Antonio («Son ya demasiados años para cuando acabe la guerra»), jugando con un tono aparentemente divertido respecto a la provisión de una plaza de bibliotecaria que más tarde iría a ocupar María Brey⁹. Esta carta expresa, como

⁷ Entre corchetes y a lápiz, el documento de la RAE supone la fecha de 1937, año que coincide con el día de la semana y el mes correspondientes. María Moliner tuvo dos hermanos, Enrique y María, a la que se refiere. Ambos sufrieron la depuración franquista.

⁸ La carta hace alusión a cierto incidente, con agresión incluida, ocurrido a un señor que, en otro tiempo, le había dado a su amiga María Brey «un sofocón inhumano cierto día en esta Universidad». No sabe quién fue el agresor, pero María Moliner, que habla del regocijo general causado por dicho incidente, supone que no se trata de Dámaso (¿Alonso?), «aunque no por falta de ganas...».

⁹ «Adivina, adivinanza: ¿Quién ocupará en Huelva la vacante que tan cariñosamente te está reservada? ¿No se te ha ocurrido pensar alguna vez en eso?». María Brey fue destinada a Huelva después de la Guerra Civil y permaneció allí hasta 1943, cuando regresó a Madrid.

ninguna otra, sentimientos íntimos sobre su vida matrimonial y la relación con sus hijos, pero también sobre el sinvivir supuesto por una contienda que parecía inacabable:

Son ya demasiados años para ir dejándolo todo para cuando... acabe la guerra. El vivir en estado de perpetua espera ha sido la mayor angustia de estos años, como si uno no viviera, esperando vivir.

La carta acusa el usual estilo afectivo para con su amiga homónima, junto a una alusión a su «erudito marido» Antonio Rodríguez Moñino. En ella, se refiere también a cómo iba creciendo su hija Carmen: «Bueno, chica. Corto, que ha dado la una y media y va a llegar mi pequeña, que viene a buscarme todos los días al salir del colegio».

A la vuelta de un año, la guerra había terminado, pero de un modo muy diferente a como habían soñado las dos amigas. Una carta a María Brey sin lugar de origen, fechada el domingo 11 de febrero (seguramente de 1940 y en Valencia), muestra ya el doble lenguaje, alusivo y elusivo a un tiempo, de quien teme que el mensaje sea interceptado¹⁰. En ella, María Moliner parecía haberse enterado por su hermana del expediente de Brey y de su destino, tal vez por cinco años, a Huelva, y no dejaba de mostrar su ironía a la hora de justificar eufemísticamente ese destierro que alejaba a su amiga de su esposo Antonio, destinado en Badajoz («parece que se han propuesto que sigáis teniendo una luna de miel plácida»). Por otro lado, la pregunta sobre por qué María Brey no había aludido, en su defensa, a las circunstancias de su padre y no hubiera alegado a su favor que fuera llamada enseguida «por no parecer persona bastante entusiasta», prueban el trasfondo de una correspondencia oscurecida por las sombras de una posguerra en la que ambas tuvieron que pagar caro su adhesión a los trabajos de la República¹¹.

María Moliner muestra, en esa carta, una evidente entereza y un gran cariño por su amiga, a la que anima con la promesa de que todo

¹⁰ La fecha de 1940 va añadida a lápiz y coincide con el hecho de que, ese año, el 11 de febrero cayera en domingo. El expediente contra ella y su marido Fernando Ramón se inició en 1939. La sanción a María Moliner apareció en el BOE de 22 de enero de 1940.

¹¹ Moliner contó, como directora de la Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional de Libros, con la colaboración de Mercedes Sáenz y María Brey (Fuente, 2012: 148 y 172).

acabará bien algún día y «nos veremos alegres y contentos todos». Ella dibuja el matrimonio de ambas como vidas paralelas en la desgracia, habida cuenta de que su marido Fernando todavía estaba esperando desde hacía dos meses el pliego de cargos.

La guerra supuso un antes y un después para las dos Marías, como se ve en otra carta que envió Moliner el 15 de noviembre de 1943 desde Valencia. En ella hacía referencia a la que le había enviado cuatro meses antes María Brey a la Pobla, cerca de Mont-Roig (Tarragona), donde había nacido su marido y donde pasó momentos felices y tranquilos durante los veranos desde 1942 (Fuente, 2012: 202). Escrita, como otras, llenando la cuartilla hasta los bordes, la bibliotecaria aragonesa mantenía un tono de firmeza y de resignación con la vida provinciana, aunque afirmaba no querer presentarse como ejemplo de «santa conformidad». Ella era consciente de la diferencia entre Valencia y Huelva, donde residía su amiga, aunque la ciudad del Turia ya no fuera la misma en la que ambas habían vivido. La «densidad» de la vida cultural durante la posguerra se limitaba a acontecimientos como el de una conferencia de Gerardo Diego en la Universidad de Valencia a la que habían asistido entre 20 y 30 personas, incluidos los profesores y alumnos de Letras. Salta a la vista su intención casi jocosa de consolar a María Brey hablando de que, en Huelva, tendría las mismas posibilidades que ella de ir al cine, ver partidos de fútbol y hasta asistir a los toros¹².

Ese año de 1943 su marido y su hijo Fernando vivían en Murcia mientras la archivera continuaba en Valencia con sus tres pequeños, satisfecha, como dice en esa carta, de verlos crecer «de cuerpo y espíritu», y de sentirse cada vez más acompañada por ellos. El tono refleja, una vez más, su entereza ante las circunstancias vividas e incluso su ironía al hablar de que sus predicciones optimistas solían

¹² Sin duda echaría de menos sus años como jefa de la Biblioteca Universitaria de Valencia (Fuente, 2012: 149) y la tertulia en dicha ciudad con Rodríguez-Moñino, Dámaso Alonso, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, Rosa Chacel y Tomás Navarro Tomás, entre otros. Moliner hizo allí una gran labor como inspectora de las bibliotecas rurales desde 1934 a 1936. Téngase en cuenta que María Brey, cuyo primer destino como bibliotecaria fue en la Universidad de Santiago y luego en la Biblioteca de la Presidencia del Consejo de Ministros en Madrid, fue evacuada junto a su padre a Valencia en 1936.

ser fallidas. La carta sin embargo no deja de mostrar cierta melancolía y la ocultación sobreentendida en una posdata misteriosa: «Del asunto de Antonio, naturalmente, nada ¿No?», alusiva, tal vez, al expediente que pesaba sobre él. La sombra de la censura parece justificar también cuanto había dicho anteriormente sobre la tardanza en contestar a su amiga:

Es que cada vez se me hace más cuesta arriba coger la pluma para escribir estas cartas pensando siempre que pueden ser leídas por alguien más que el destinatario. Y repetir siempre las mismas cosas: que tengo ganas de charlar contigo, lo cual es ya demasiado sabido... que no te desesperes, lo cual es ya un consejo demasiado tonto... etc.

Un año después, el 24 de noviembre de 1944, María Moliner escribía de nuevo a María Brey desde Valencia sintiéndose agobiada y sin tiempo para escribir, pero feliz porque la destinataria parecía satisfecha por haber encontrado «una buena muchacha» que le ayudaba en los trabajos domésticos¹³. La misiva da fe de una vida monótona y sin esperanzas en la que vuelve a aparecer «el asunto» de Antonio Rodríguez-Moñino. La vida familiar se dibuja en un largo tiempo de silencio («esperando, esperando. Siempre igual»), con su marido Fernando en Murcia, entre resignado y abatido, y ella disfrutando en Valencia como madre de unos hijos que, desde el primero hasta el último, estaban bien y eran felices. Sus chiquillos parecen su razón de ser, su futuro y el norte de su vida, mostrándose satisfecha de que las cualidades morales, la rectitud y honradez de su hijo mayor Enrique le hicieran ser en el futuro un médico estimable, o que el otro hijo, Fernando, se tomase en serio el estudio.

Pero esa carta contiene además algo nuevo, si consideramos que en las otras pesa más la preocupación por los otros que por ella misma, pues contiene un pequeño autorretrato:

¹³ María Moliner dice, respecto a la necesidad de la ayuda doméstica: «Es triste y indignante que hasta ese punto pueda depender nuestra felicidad de un detalle tan material... pero así es. Yo, afortunadamente he tenido suerte hasta ahora. Salvo cortos intervalos que me han servido para darme cuenta de la importancia del problema». El tema del servicio doméstico aparece en varias ocasiones (Fuente, 2012: 251).

Y yo... con el pelo cada vez más blanco, con la cara cada vez más arrugada, y con el espíritu sacudido sólo por anhelos circunstanciales, pero, por lo demás, entrando en esa quietud que debe de ser el pórtico de la serena madurez¹⁴.

María Moliner se muestra ansiosa por saber de la vida madrileña, sintiéndose en Valencia sin amigos con quienes intercambiar libros. Alejada de la lectura y entregada a sus obligaciones de ama de casa, se refugiaba en hacer prácticas de idiomas por radio: «cuando el chisme que tenemos no se pone tonto y con su farfulleo ininteligible me dice algo así como que siga cosiendo calcetines y me deje de pedanterías».

El 12 de septiembre de 1945 agradece a María Brey el envío de una carta en la que esta le notificaba que ella y su marido iban a trabajar en la colección Lázaro Galdiano¹⁵. Sus palabras parecen contener un doble sentido no sólo en relación con el nuevo destino del matrimonio amigo, sino por las alusiones a su propia estancia durante ocho semanas en el campo, muy posiblemente en La Pobra, donde dice que estas «han sido de prueba para los nervios. Borrasca tras borrasca, para acabar en una quietud que no se sabe si es presagio de tempestad». No sabemos a qué se refería con esas palabras, a las que añade otras igualmente enigmáticas: «El interrogante tentacular y dantesco de que tú hablas es todavía un asidero», pero que bien podrían referirse a algo relacionado con la depresión de su marido. Después alude a un asunto profesional referido a la visita del «nobilísimo Cuerpo. B.», vale decir, de un inspector del Cuerpo de Bibliotecarios, que se limitó a hablar con ella de sus respectivas familias y cuyo trasfondo resulta tan impreciso como otros sobreentendidos de esa época.

¹⁴ La carta lleva una tachadura: «senectud», que María Moliner sustituye por «madurez». De ahí que, en una nota al pie, diga a María Brey que no se ría por la corrección: «Creo que a los 44 años es pronto para creerse entrando en la senectud. Además, sonaba muy mal la palabra ahí». María Brey estaba ya en Madrid, de ahí que le dé recuerdos para amigos comunes, aludiendo a «Dionisio» y a C. Fernández Blesa y rogándole que le contase chismes de la capital.

¹⁵ Moliner escribe «setiembre» y «Galdeano». La fecha de la carta (1945) va escrita a lápiz y entre corchetes. En ella se refiere a la pícaro alegría que le da ver cómo siempre echan una mano la misma clase de personas, aludiendo también a que «en las conferencias en los Estados Unidos tengan que encargarse a intelectuales de más alta alcurnia».

En esa carta, afloran de nuevo sus ganas de ir a Madrid, pese a que le asusten las molestias de los viajes, para ver a su hermana y a sus sobrinas. Moliner, como los autores de cartas mensajeras en el Renacimiento o sor Juana Inés de la Cruz, parece referirse a las cartas que hablan cuando subraya «la necesidad de oír voces amigas» gracias a ellas. Su obsesión por la educación de sus hijos y la constatación de los problemas que ello conllevaba siguen patentes al mencionar el «pase» de los cuatro cursos de bachillerato que le habían firmado los profesores españoles del Colegio Alemán a su hija pequeña, a la que ahora tenía que buscar otro colegio, sin olvidarse de aludir a la carrera de medicina de su hijo Enrique, que iba por buen camino. No falta tampoco en esta carta el alejamiento de su marido en Murcia, al que sancionaron durante dos años sin que tuviera derecho a pedir el traslado a la Universidad de Valencia. De ahí que este volviera de nuevo al abatimiento que le suponía la respuesta «categóricamente negativa» de las autoridades, sufriendo un destierro que, por el ambiente y por el clima, era totalmente contrario a su temperamento¹⁶. María Moliner da señas no sólo de su vida familiar sino también de su monótono y hasta ocasionalmente «tonto» trabajo en el archivo, donde confiesa que «hoy, día 15, en que continúo tu carta, estoy con una murria terrible. Hasta tengo dolor de cabeza, cosa rara en mí».

Fueron pasando los años y María Moliner firma una carta, a 1 de junio, en papel timbrado con sello y membrete de «El Bibliotecario de la Escuela Especial de Ingenieros Industriales. Madrid», cargo que ella ostentaba. El registro de la RAE la fija en un ancho marco temporal, entre 1946, cuando se traslada a Madrid, y 1970, cuando se jubila. Pero teniendo en cuenta la alusión al Examen de Estado de su hija

¹⁶ María Moliner le dice a su amiga en esta carta, que comenzó el 12 de septiembre de 1945 y concluyó el 15: «Acuérdate de tus años de Huelva y tendrás una idea». Pese a que se había sentido feliz en Murcia durante los tres días pasados en compañía de unos pocos amigos, que le permitieron alejarse «de los agujijones del ambiente cerril», es evidente que Fernando y ella trataban de buscar una solución al problema de este, concluyendo: «Pero no quisiera de ningún modo que mis hijos y sobre todo mi hija, tuvieran que madurar en aquél clima y aquél ambiente». En esta ocasión, los saludos a Brey van dirigidos «de pareja a pareja con el cariño de María». Moliner había trabajado en el Archivo de la Delegación de Murcia entre 1924 y 1929. Allí se casó, en 1925, con Fernando Ramón, catedrático de Física, y allí nacieron sus hijos Enrique y Fernando.

Carmina, nacida en 1931, podría tratarse de 1948 o 1949. En ella, se habla de una visita infructuosa al Instituto Geográfico, que, según confiesa, no gusta visitar, y donde no ha podido solucionar, por falta de datos, unas consultas de María Brey, que estaba también en Madrid¹⁷.

María Moliner incide de nuevo en la labor educadora que ejercía respecto a sus hijos, dibujándose a sí misma «en plena fiebre de exámenes y en plena actividad de embotellamiento para el examen de estado de la chica». Sus palabras no dejan de mostrar la perspectiva jocosa desde la que ella misma contemplaba sus labores de madre y maestra, aludiendo a que había acometido la labor de «embutirle en clase doble, por mañana y tarde, la historia y la literatura, para lo cual tengo yo que aprendermelas primero. Nada: en pleno plan de *empollación* la mamá y la niña. Muy divertido... y muy absurdo».

Pasados los años, una carta, escrita el lunes 3 de julio de 1961 por María Moliner, probablemente desde Mont-Roig, como respuesta a una escueta postal de su querida María Brey, recibida el 1 de junio, acusa de nuevo ribetes de ironía sobre la monotonía del periódico, pues las noticias de un martes podían servir «para el martes siguiente, y para el otro y para el otro...». Ella prefería centrarse, una vez más, en el pequeño noticiero familiar sobre la vida de sus «chicos», que —dice— ya «viven y se desenvuelven lejos de nosotros»¹⁸. En ese sentido, el cosmopolitismo de María Moliner y la educación que les había dado a sus hijos mostraban las dos caras de la moneda: el orgullo de sus éxitos y la frustración de tenerlos lejos¹⁹. Pero la preocupación por ellos se convierte ahora en la felicidad que le proporciona la cercanía de los nietos e incluso de las nueras.

¹⁷ La carta iba con una nota aclaratoria, y un impreso, pues, si se pedían copias, había que pagar 16 pesetas por página y hacerlo todo por escrito.

¹⁸ Al final de la carta (sin firma, y a la que posiblemente falte una hoja), se ve que la postal de los «joshua» (palabra sobre la que Moliner se preguntaba cómo se diría en español) la había enviado María Brey desde los Estados Unidos.

¹⁹ María Moliner dice que su hijo Enrique está en Washington acompañado por su hermano Pedro, que disfrutaba de una beca, mientras que su hijo Fernando estaba temporalmente en Londres y Carmina en Ginebra. Confiesa sin embargo tener una compensación en casa, pues está con ellos Mary, la mujer de Fernando, que se iba a Londres y le dejaba a su hija Tana. Esta era «como todas las nietecitas, excepcionalmente encantadora», y, según decía su abuela: «tendrá ella solita, tan chiquitina, que suplir por tantas ausencias».

Finalmente, otra carta de 20 de diciembre de 1966, en una cuartilla con membrete propio y dirigida a María Brey, que estaba ya en Berkeley con su marido, transmite una felicidad compartida entre amigos al saber del homenaje que había recibido Antonio Rodríguez-Moñino²⁰. Moliner confiesa sin embargo sentirse alarmada y triste porque intuye que ellos pueden quedarse a vivir en Estados Unidos, lo que podría llevarles a adoptar la nacionalidad americana. Sus palabras ya no dejan lugar a dobles entendidos y muestran la esperanza que, por aquel entonces, tenían muchos españoles, junto al deseo de que sus amigos volvieran: «Sois jóvenes y con seguridad veréis el final de la ignominia, y Antonio tendrá en España lo que merece».

María Moliner se extendía, en esta ocasión, al valorar la categoría humanística de Moñino, sobre el que dice lo siguiente:

Le había oído como conversador interesante, pero no como conferenciante. Su conferencia sobre Goya es, sin hipérbole, la mejor conferencia que he oído y me da la medida del papel que como profesor hace y hará ahí. Pero yo no quiero perder la esperanza de que un día le veremos haciendo ese mismo papel en su patria, que es la suya y que nunca podrá substituir.

La despedida, como «vuestra amiga vieja», cierra un periplo del que estas cartas son el testimonio de una estrecha amistad que se mantuvo firme a lo largo del tiempo. La bibliotecaria aragonesa ejerció sin duda ese papel de amiga «mayor» al que esta carta se refiere y que se acrisoló a partir del momento en el que se encuentran en Valencia durante la República. María Brey fue allí junto a su padre y trabajó en la Casa de la Cultura, dirigida por Antonio Machado, pasando luego a la Oficina de Adquisición de Libros, donde, según vimos, estaba de directora María Moliner.

Y fue precisamente en esas dependencias donde, dos meses antes de que acabara la Guerra Civil, María Brey se casó clandestinamente con Antonio Rodríguez-Moñino el 26 de enero de 1939, oficiando la ceremonia religiosa el sacerdote y latinista don Vicente Blanco García, siendo sus padrinos María Moliner y su marido Fernando (Martín

²⁰ El membrete la ubica en la calle Fernández Villaverde, 39 (de Madrid).

Zorraquino, 2014: 159)²¹. Moñino fue depurado e inhabilitado al igual que su esposa María Brey, que fue trasladada al Archivo de la Delegación de Hacienda en Huelva. Aunque desde 1950 ambos trabajaron en el archivo y la biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano, ella ejerció provisionalmente como bibliotecaria de las Cortes desde 1943 a 1961, año en el que el matrimonio se fue a la Universidad de Berkeley²².

María Brey, que unió a los afanes de bibliotecaria y bibliófila los de escritora, legó, junto a las cartas de su amiga, dos recortes de prensa en los que María Moliner aparecía como candidata a la Real Academia Española²³. El primero, «A puertas cerradas», lo publicó Torcuato Luca de Tena el 22 de octubre de 1972 en *ABC*, y el otro, del día 26 de ese mismo mes, titulado «María Moliner», lo suscribía Josefina Carabias²⁴. Esta dibujaba el perfil de la nueva candidata como el de «una ilustre contemporánea nuestra, que vive encerrada en su casa donde la retienen sus estudiosas tareas y sus deberes familiares. Nunca buscó el lucimiento ni la exhibición. Todo eso lleva un tiempo que ella nunca ha tenido de sobra».

El artículo de Carabias tenía algo de sal profética, pues hablaba de que «a unos pocos pero valiosos miembros de la Real Academia se les

²¹ Posteriormente el padre Vicente Blanco García (de quien fui discípula durante los cursos Comunes entre 1966-68) fue catedrático de Filología Latina de la Universidad de Zaragoza.

²² A Moñino le rescinden el expediente de depuración en 1966. Forma parte de la historia de las bibliotecas particulares españolas la que ambos configuraron en la madrileña calle de San Justo, donde se reunían con eruditos y bibliófilos, legada más tarde a la RAE.

²³ A la labor de traductora del francés y del inglés, y a las versiones de textos clásicos, como *el Libro de Buen Amor* (1969) o el *Lapidario* (1968) de Alfonso X el Sabio, María Brey unió la de estudiosa o editora de las obras de Hernández Cardenal, Luisa de Carvajal, Meléndez Valdés, Juan Valera y otros. Son bien conocidos sus trabajos bibliográficos sobre el folklore extremeño y su colaboración con Antonio Rodríguez Moñino en el *Catálogo de los manuscritos poéticos castellanos existentes en la Biblioteca de The Hispanic Society of America* (ss. XV; XVI y XVII) (Nueva York: Hispanic Society, 1965 y 1966), entre otras publicaciones suyas que guarda la RAE.

²⁴ Firmaron su candidatura los académicos Rafael Lapesa, Pedro Laín Entralgo y Carlos Martínez de Campos. Tanto Lapesa como Dámaso Alonso y Valentín García Yebra fueron conocedores de primera mano de la labor lexicográfica de Moliner para la Editorial Gredos desde 1955 (Fuente, 2012: 215). A la presentación del *Diccionario*, en 1965, asistieron, además de Lapesa y Dámaso Alonso, Gerardo Diego y Alonso Zamora Vicente, entre otros. La propuesta académica tardó sin embargo siete años en formularse.

ha ocurrido que valía la pena librar la batalla por una causa justa, aun sabiendo lo escasas que son las posibilidades de ganarla». La presentación en la Academia de doña María Moliner, que había dedicado quince años a la elaboración de un «Diccionario de uso del español, que los académicos son los primeros en usar y que hasta ahora nadie ha logrado mejorar», se presentaba no sin dificultades. El resto de los argumentos de la periodista no tienen desperdicio como tampoco los de Pemán, cada uno desde su propia ladera. Ambos coincidieron en recordar la ausencia de Molière en la Academia Francesa, y Pemán proponía que, de no lanzarse los académicos españoles con una solución positiva respecto a Moliner, habría que recurrir a la componenda de la Academia Francesa, que, en compensación, colocó al cabo de los años una estatua de Molière a la entrada de su recinto, con el rótulo: «Él estuvo completo sin la Academia, la Academia no estuvo completa sin él». Josefina Carabias, a cambio, pensaba que, en el caso de las mujeres injustamente rechazadas, el vestíbulo de la docta casa española «iba a parecer pronto el cementerio del *Tenorio*».

Sin entrar en el meollo de cuanto pudo suponer la lectura de esos y otros artículos por parte de María Moliner, ni el hecho de que poco después no fuera admitida en la Real Academia Española, lo cierto es que, con ella, se cumplió el dicho de Baltasar Gracián en el *Oráculo*: «De poco vale la sustancia si no se da la circunstancia». Por otro lado, cabe preguntarse hasta qué punto el hecho de no entrar en la Academia, cuando además ya iba siendo demasiado tarde para ella, no fue lo que más le dolió²⁵. Pues tal vez lo que sintió verdaderamente fue verse postergada durante tantísimos años en puestos de archivera y bibliotecaria muy por debajo del escalafón que le correspondía como digna funcionaria de ese «Cuerpo B» al que hizo referencia en una de sus cartas y para el que trabajó desde 1922 a 1970²⁶.

²⁵ Álvarez de Miranda (2006) ha subrayado la elegancia con la que María Moliner encajó la negativa de la Academia.

²⁶ María Moliner ingresó en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos en 1922 y su primer destino fue el Archivo de Simancas. Con la guerra, se le rebajaron 18 puestos en el escalafón y se la destinó a archivos y bibliotecas, alejándola de toda actividad relacionada con la labor desarrollada durante la República. Quedan para la historia sus *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas* y el *Proyecto de bases de un plan de organización de Bibliotecas del Estado* (Gómez, 1993), utilizados curiosamente en la época franquista para la organización de las bibliotecas municipales.

María Moliner, antes de ser bibliotecaria, había trabajado, durante sus años zaragozanos de bachillerato y licenciatura (1916-1923) en la formación de papeletas para un *Diccionario de voces aragonesas*, que se elaboró en el Estudio de Filología de Aragón, del que llegó a ser secretaria. Ello le permitió además conocer de primera mano numerosos repertorios lexicográficos, paremiológicos y literarios. Dirigido por Juan Moneva y Puyol (Benítez Marco, 2014, 35-7), aunque no llegara a publicarse, se fraguó como un «Diccionario de ideas»²⁷. Perspectiva que no está de más recordar para entender mejor, más allá de la impronta del *Diccionario ideológico de la lengua española* (1942) de Julio Casares, la orientación que ella daría al suyo pasados los años. Y otro tanto ocurre con el hecho de que trabajara, también bajo la dirección de Moneva, en la revisión del *Diccionario de la lengua castellana* que la Real Academia Española había publicado en 1914.

Volviendo a sus comienzos, María Moliner supo remontar las circunstancias que le tocó vivir gracias a su inteligencia y a su entereza, levantando por sí misma un monumento de palabras con el *Diccionario de usos del español*, que la nombró definitivamente como «el María Moliner»²⁸.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aliaga, J. L. y Benítez, M. (2011). *El Estudio de Filología de Aragón. Historia de una institución y de una época*. Zaragoza: IFC.
- Álvarez de Miranda, P. (2006). «Una vida entre libros y palabras: María Moliner Ruiz (1900-1981)». En *Regards sur les Espagnoles créatrices, XVIII-XX^e siècles*, F. Étienvre (ed.), 239-250. Paris: Presses Sorbonne Nouvelle.
- Benítez Marco, M. P. (2010). *María Moliner y las primeras estudiosas del aragonés y el catalán de Aragón*. Zaragoza: Rolde de Estudios Aragoneses.

²⁷ Moneva fue autor de una *Gramática castellana* (Barcelona: Labor, 1925 y 1929), que María Moliner conocía muy bien (Benítez, 2010 y 2014). Todo ello rompe el tópico de una archivera con nula o escasa preparación filológica (Aliaga y Benítez, 2011).

²⁸ Sobre los contenidos y trascendencia del *Diccionario* existen numerosos trabajos, como los recogidos por Casas y Penadés (1998) o Martín Zorraquino y Aliaga (2003), entre otros.

- (2014). «El primer trabajo lexicográfico de María Moliner: Su contribución al *Diccionario aragonés* del Estudio de Filología de Aragón». *Estudis Romànics* 36, 35-57.
- Casas Gómez, M. y Penadés Martínez (coords.) (1998). *Estudios sobre el «Diccionario de uso del español» de María Moliner*. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Cuesta, J. (2009). *La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975)*. Madrid: Fundación Largo Caballero.
- Escolar, H. (1979). «Política educativa y bibliotecaria de la República durante la guerra civil». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* LXXXII.2, abril-junio, 261-288.
- Faus Sevilla, P. (1990). *La lectura pública en España y el plan de bibliotecas de María Moliner*. Madrid: Anabad.
- Fuente, I. de la (2012). *El exilio interior*. Madrid: Turner.
- Gómez, J. A. (1993). «La preocupación por la lectura pública en España: las bibliotecas populares. De las Cortes de Cádiz al plan de bibliotecas de María Moliner». *Revista General de Información y Documentación* 3.2, 54-94.
- Martín Zorraquino, M. A. (2014). «María Moliner, filóloga por vocación y por su obra». En *María Antonia Martín Zorraquino, filología, gramática, discurso. Artículos escogidos 1976-2013*, Luis Aliaga y otros (eds.), 158-173. Zaragoza: IFC [2006, 1.^a ed.].
- Martín Zorraquino, M. A. y Aliaga, J. L. (eds.) (2003). *La lexicografía hispánica ante el siglo XXI. Balances y perspectivas*. Zaragoza: IFC
- Moliner, M. (1995-1996). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- Navarro Alcácer, J. (1984). *La escuela Cossío de Valencia. Historia de una ilustración (1930-1939)*. Valencia: Generalitat Valenciana.
- Trébede* (2000) n.º 36, marzo (Zaragoza). Monográfico dirigido por María Antonia Martín Zorraquino en homenaje a María Moliner.
- Salaberría, R. (2010). «María Moliner. Expediente de depuración». *Educación y Biblioteca* 175, enero-febrero, 92-95.
- Salaberría, R. y Calvo, B. (1998). «María Moliner, la memoria arrancada». *Educación y Biblioteca* 10.86, 7-20.